



Repensar la inspiración bíblica. Algunas observaciones y reflexiones*

EDUARDO ARENS KUCKELKORN**

RESUMEN

La inspiración es uno de los temas fundamentales de la teología. En los estudios de comunicación y de lingüística, y especialmente de exégesis crítica, hablar de inspiración no es tan simple como antaño. Hay muchos factores que deben ser considerados, que incluyen la transmisión, tanto oral como luego textual, con sus vicisitudes. Estos hacen insostenibles las explicaciones tradicionales. ¿Quién fue inspirado? ¿Qué es lo distintivo de la inspiración bíblica? ¿Qué abarca? Estas y otros interrogantes son abordados en este artículo que invita a repensar la idea de inspiración en relación a la Biblia.

Palabras clave: *Hermenéutica, interpretación, exégesis, Sagrada Escritura, revelación.*

* Artículo de reflexión. Recibo: 10-02-12. Evaluación: 30-07-12. Aprobación: 10-08-12.

** Doctor en Teología Bíblica, Universidad de Friburgo, Alemania; posgrado en Sagrada Escritura, Ecole Biblique et Archeologique française de Jerusalén; Licenciado en Teología, Universidad de Friburgo; Bachiller en Matemáticas, Saint Mary's University, San Antonio, Texas. Religioso Marianista, profesor principal de Sagrada Escritura en el Instituto Superior de Estudios Teológicos, en Lima, y miembro de la *Studiorum Novi Testamenti Societas*, y de la *Catholic Biblical Association*. Correo electrónico: edarens@hotmail.com

RETHINKING BIBLICAL INSPIRATION. OBSERVATIONS AND REFLECTIONS

Abstract

Inspiration is a fundamental topic of Theology. In communication and linguistic studies, particularly those about critical exegesis, speaking about inspiration is not as simple as it used to be. Many factors are to be considered, including both verbal transmission and later written transmission and its vicissitudes. These factors do not support the traditional explanations. Who was inspired? What makes biblical inspiration distinct? What does it encompass? These and other questions are addressed in this article that invites to rethink the notion of inspiration with respect to the Bible.

Key words: Hermeneutics, interpretation, exegesis, Scripture, revelation.

REPENSAR A INSPIRAÇÃO BÍBLICA. ALGUMAS OBSERVAÇÕES E REFLEXÕES

Resumo

A inspiração é um dos temas fundamentais da teologia. Em estudos de comunicação e linguística, e especialmente da exegese crítica, falar sobre a inspiração não é tão simples como antes. Há muitos fatores que devem ser considerados, incluindo a transmissão, tanto oral como textual, com suas vicissitudes. Tudo isto faz-se insustentáveis as explicações tradicionais. Quem foi inspirado? O que é o distintivo da inspiração bíblica? O que ele abrange? Estas e outras questões são abordadas no presente artigo o qual nos convida a repensar a ideia de inspiração em relação à Bíblia.

Palavras-chave: Hermenêutica, a interpretação, a exegese, a Sagrada Escritura, a revelação (Apocalipse).

Con el estudio crítico de la *Biblia*, fue perdiendo importancia la referencia a la inspiración, hasta estar casi olvidada, a tal punto que solo ocasionalmente se la menciona, salvo en manuales de “introducción a la *Biblia*”, y eso a menudo repitiendo ideas tradicionales que no concuerdan con lo que hoy sabemos sobre la *Biblia*. Ese paulatino “olvido” ha ido de la mano con la importancia concedida al estudio del origen histórico de los textos bíblicos, y a la intensidad con la que los estudios bíblicos se han abocado a los aspectos literarios en particular.

Esto no significa necesariamente que se niegue su origen en Dios. Como sea, ya no es tan fácil explicarlo, como lo fuera antaño, en tiempos de “la primera inocencia”. Esto lleva a preguntar, por ejemplo, por la inspiración en las largas tradiciones orales, y de las incoherencias entre textos bíblicos.

La exhortación postsinodal *Verbum Domini* dedica un extenso párrafo a la inspiración (No. 19), en el que se reconoce “la necesidad actual de profundizar adecuadamente en esta realidad”, pues “el tema de la inspiración es decisivo para una adecuada aproximación a las Escrituras y para su correcta hermenéutica”.¹ Este artículo busca hacerse eco del deseo del Papa allí expresado.

UN TEMA PROBLEMÁTICO

Si bien tanto judíos como cristianos tradicionalmente han afirmado que “la *Biblia* ha sido inspirada por Dios”, no todos coinciden en su manera de entender la naturaleza, la modalidad y el alcance de esa inspiración. Con frecuencia se emplea el calificativo “inspirada” como una suerte de palabra mágica, que proyecta una áurea sobre determinados escritos y los sitúa aparte, pero sin tener una idea clara de lo que realmente significa e implica, asumiéndola sin más como una suerte de axioma. Como sea, hay una relación estrecha entre la idea que se tenga de inspiración y la que se tenga de la naturaleza de la *Biblia*.

El tema de la inspiración conlleva una serie de cuestiones que deben ser consideradas: qué se entiende por inspiración y cuál es su naturaleza; si se puede hablar de una inspiración bíblica como tal; en qué o en quién se realiza ésta (autor, texto, lector, comunidad, el proceso de tradición oral); cómo se realiza (por éxtasis profético, dictado, iluminación, o un proceso); su alcance (todo

¹ En este sentido, véase a Farkasfalvy, *Inspiration and Interpretation. A Theological Introduction to Sacred Scripture* (2010).

lo que está en la *Biblia* o solo ciertas partes; los originales o también traducciones como la *Septuaginta*); su peculiaridad (si es exclusivo a ciertas personas o comunidades, si no se da también en otras religiones) y su extensión (si incluye al lector y el proceso de canonización).

El término inspiración, del latín *inspirare*, contrario a expirar, significa “soplar en/hacia adentro”. En el ámbito religioso, el término inspirar remite a la imagen del soplo divino, que es la manera figurada de referirse a la transmisión de *la vida*, como se lee en el relato de la creación, que Dios “modeló al hombre de arcilla del suelo, *sopló* en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser *viviente*” (Gn 2,7).

De igual origen es el término “espíritu (santo)” (*ruaj/pneuma/spiritus*), que refiere al soplo, viento, aliento (que viene de Dios), y da vida. Con la excepción de 2Tm 3,16, el término inspiración/inspirado no se encuentra en la *Biblia*, pero el concepto está presente cuando se trata de los profetas, por ejemplo, siempre referido a comunicaciones de mensajes: “Palabra de Dios dirigida a”²

El concepto de inspiración es difícil de fijar. Si bien está claro para nosotros que, cuando se habla del inspirador, se trata de Dios, no se puede decir lo mismo cuando se trata de precisar *quién* fue inspirado, *qué* le fue inspirado, y *cómo* se llevó a cabo la inspiración. Las dificultades afloran cuando, por un lado, se estudia la historia de las explicaciones que se han dado³ y, por otro, se toma conciencia del complicado proceso de formación de la *Biblia*.

Para poder comprender correctamente el alcance y las limitaciones de la inspiración, así como su naturaleza, es indispensable tener presente los aspectos tocantes a la naturaleza de la *Biblia* misma y sus aporías, algunas de las cuales destacaré luego. Con frecuencia se proyecta sobre la *Biblia*, a modo de axioma, un concepto de inspiración que ha sido gratuitamente asumido, de modo que se termina retorciendo los datos que la *Biblia* misma encierra, tratando de que

²Rinaldo Fabris, “In che senso la Sacra Scrittura è testimonianza dell’ispirazione?”, en Izquierdo, *Scrittura ispirata*, 41-60.

³Trembath, *Evangelical Theories of Biblical Inspiration. A Review and Proposal*; Burtchaell, *Catholic Theories of Biblical Inspiration since 1810. A Review and Critique*; Gnuse, *The Authority of the Bible. Theories of Inspiration, Revelation and the Canon of Scripture*; Loretz, *Ende der Inspirations-Theologie. Untersuchungen zur Entwicklung der Traditionellen Theologischen Lehre über die Inspiration der Heiligen Schrift*.

la definición de inspiración que se sostiene por anticipado no sea contradicha por nada.⁴

Dado que al hablar de la inspiración se trata de la relación entre Dios, el “autor” y el texto, empezaré por considerar cada uno de estos, antes de proponer una visión de conjunto.

EL AUTOR INSPIRADO

Contrario a la corriente estructuralista y a otras escuelas lingüísticas que sostienen que como un texto tiene vida propia una vez salido de la pluma del autor hay que entenderlo como tal, *independientemente* de lo que haya querido decir su autor, considero indispensable tener presente la intención del autor, en particular, del escritor.⁵ Fue él quien, inspirado, escribió. No extraña que en esos círculos la inspiración del autor no sea una consideración de peso, y eso si no es simplemente ignorada; si en algo consideran la inspiración es solo en referencia al texto mismo.

En las explicaciones tradicionales de la inspiración se suele suponer que cada uno de los escritos de la *Biblia* fue compuesto por un solo autor literario, a quien Dios habría “movido” en su tarea de escritor, de modo que escribiese lo que él quería. Esa es la idea vigente entre quienes consideran inspirados a Moisés, David, y Salomón, razón por la que afirman que estos fueron los autores del Pentateuco, de los Salmos, y de los libros de Sabiduría, respectivamente.

La manera como se ha explicado la inspiración bíblica, generalmente tomó como modelo la inspiración divina de los profetas, la cual se ha proyectado y extendido a toda la *Biblia*.⁶ En los escritos de los profetas se afirma que Dios

⁴ Esto se observa en introducciones a la *Biblia* que empiezan por lo que es menos evidente, como la inspiración, en lugar de empezar por lo más evidente, que es la dimensión demostradamente humana.

⁵ Ver a Edmund D. Hirsch, *Validity of Interpretation* (New Haven: Yale University Press, 1979). Ha sido en los últimos tiempos una constante en el magisterio, desde la *Divino afflante Spiritu* (DAS) de Pío XII, la exhortación a buscar conocer la intención del autor material del texto (ver DAS Nos. 15, 21, 22; y DV No. 12). La postura literaria que centra la interpretación en el texto como tal, independientemente de su autoría, se fundamentó filosóficamente especialmente en Hans-Georg Gadamer y en Paul Ricoeur.

⁶ En sendas publicaciones lo popularizó Pierre Benoit, ampliamente recogido en su obra *Révélation et inspiration* (1964). Para una instructiva visión panorámica, ver a Paul, *La inspiración y el canon de las escrituras* (1984).

dictaba o ponía en la boca de ellos las palabras que deberían decir, o que eran poseídos por el espíritu de Dios. Es decir, el profeta era el portavoz (*prophêtês*) de Dios, hablaba “Palabra de Yahveh”.

La explicación tradicional de la inspiración bíblica ha sido la verbal: el autor humano escribió las *palabras* que Dios de alguna manera le dictaba. Por tanto, el verdadero autor de la *Biblia* ha sido Dios; el escritor fue una especie de secretario. Esta idea acerca del autor de la *Biblia* la han compartido judíos y cristianos. Es la más natural cuando se quiere subrayar la autoría divina de la *Biblia*.

Además, el origen de esta idea se encuentra en la *Biblia* misma, donde se hallan abundantes textos que presentan a Dios antropomórficamente como quien hablaba o dictaba, y esto se ha entendido en un sentido literal, no como producto mitológico de aquellos tiempos. La idea de la *Biblia* que de ello resulta, que calificamos fundamentalista⁷, toma los textos al pie de la letra, pues sostiene que todo viene de Dios, que son sus mismísimas palabras⁸, sus “verdades” para siempre, libres de cualquier posible error.

Los rabinos, y el judaísmo en general, estaban convencidos de que las palabras que en los textos bíblicos aparecen como provenientes de Dios habían sido literalmente pronunciadas por él, y por eso las analizan al detalle. Por cierto, aunque no se afirmaba lo mismo acerca de las partes narrativas, los relatos eran considerados también como reportajes fieles de lo que había ocurrido.

El cristianismo, cuyas raíces son judías, heredó esta idea literalista de la inspiración.⁹ Por lo mismo, en el siglo VI, San Gregorio Magno, el influyente doctor de la Iglesia, escribió: “Creemos por la fe que el autor del libro (la *Biblia*) es el Espíritu Santo [...]. Por tanto, él mismo ha sido quien lo ha escrito, quien lo ha dictado. El que es el inspirador de la obra la escribe él mismo” (*Moralia* 1.2). La misma idea fue reafirmada en el Concilio de Trento: “¡Dios es el único autor del uno y del otro (testamento) [...] viniendo de la boca de Cristo o dictadas por el Espíritu Santo...” Y fue retomada por Benedicto XV, en 1920, en su encíclica conmemorativa de San Jerónimo:

⁷ Ver especialmente a Barr, *Fundamentalism* (1981).

⁸ Los musulmanes tienen la misma idea sobre el *Corán*: fue dictado por Alá. Es la idea que ha estimulado la iconografía clásica que presenta a Dios dando *un libro* a su servidor o *dictándole* al profeta o al evangelista.

⁹ Para una visión panorámica, ver Beumer, *La inspiración de la Sagrada Escritura* (1973).

Los libros de la Sagrada Escritura fueron compuestos bajo la inspiración, la sugerencia, la comunicación, o incluso el *dictado* (dictante) del Espíritu Santo; más aún, fueron *redactados* (conscriptos) y editados por él mismo.¹⁰

El término recurrente era “dictado”. Resulta sorprendente que a pesar de que desde la Edad Media entre teólogos se tenía una idea ampliada del concepto instrumentalista y secretarial de la inspiración, hubo que esperar hasta Pío XII para que oficialmente se presentase una idea más amplia de la inspiración. Se mantenía una suerte de docetismo: el texto es verdaderamente divino, y solo de apariencia humana. El Concilio Vaticano II retomó en parte lo dicho por Pío XII:

En la redacción de los libros sagrados eligió Dios a hombres de los que se valió usando ellos de sus propias facultades y medios, de forma que, obrando él en ellos y por ellos, escribieron como verdaderos autores todo y sólo lo que él quería. (DV11).

Más adelante, aclara el texto que la frase “todo y sólo lo que él quería” se refiere solo a aquello que es “para nuestra salvación”, es decir, no incluye cuestiones de historia o ciencias. Vaticano II ya no habla de “instrumento” ni de “dictado” y reconoce la responsabilidad del escritor humano.¹¹

En la Edad Media, alimentados de la filosofía de Aristóteles, teólogos escolásticos, cuyo mayor exponente fue Tomás de Aquino, explicaron la inspiración en términos filosófico-psicológicos. Esta concepción de la inspiración habla de dos autores, Dios y el hombre, y se centra en la relación entre ellos. El intelecto del autor humano fue “movido por Dios”, respetando su personalidad y sus condicionamientos humanos, de tal modo que escribiese precisamente lo que él quería.

El autor principal era Dios (causa eficiente), y los hombres eran autores secundarios (causa instrumental), movidos por aquél. No es una inspiración de las palabras mismas, sino de “las ideas”, las cuales los hombres expresaron de la mejor manera que podían en su tiempo, según las costumbres de su cultura.

¹⁰ *Spiritus Paraclitus*, No.10.

¹¹ Detalladamente, Beumer, *Die Katholische Inspirationslehre Zwischen Vatikanum I und II*. Para las reflexiones posconciliares, ver a Gabel, *Inspirationsverständnis im Wandel. Theologische Neuorientierung im Umfeld des Zweiten Vatikanischen Konzils*.

Es lo que destacó Pío XII. Con variantes y matices, tal es la idea de inspiración más extendida, aun hoy.¹²

Ahora bien, a la luz de todo lo que hoy sabemos gracias a las ciencias humanas, y lo que sabemos acerca de la *Biblia*, especialmente en lo tocante a su formación, estamos conscientes de dimensiones antes ignoradas, en particular, de carácter social y comunicativo. Así, el autor literario ya no es considerado de tal manera que se da la impresión de que vivió en una suerte de vacío, sin un contexto vital, sin una comunidad de la que formara parte, y como si no hubiese tenido ideas propias.¹³

Más aún, como sabemos, muchos de los escritos de la *Biblia* son el resultado de un largo proceso de tradición oral (e incluso muchos pasaron por más de una única redacción), además de la intervención de varios “autores” en la composición de ciertos escritos. Si aquel que compuso un determinado escrito recopiló ciertas tradiciones, ¿hasta qué punto puede ser considerado como autor e inspirado por Dios? ¿No estuvo también inspirado el que por primera vez relató *oralmente* tal o cual tradición de las cuales va a depender? ¿No estaban inspiradas las profecías y la predicación de los apóstoles, transmitidas *oralmente* y en las que se basaron ciertos escritores?

Es decir, hubo un proceso de comunicación en la línea del tiempo, en el que intervinieron varias personas, hasta llegar al escritor, a veces, después de un largo recorrido. Y en las obras que fueron compuestas por varios autores, así como en las que fueron retocadas o retrabajadas, como es el caso del Pentateuco, ¿quién de todos fue el inspirado por Dios? Más aun, ¿cómo podría explicarse que habría sido Dios quien supuestamente inspiró la idea de que la Tierra, por ejemplo, es el centro del universo (cosmovisión semita), cuando sabemos que

¹² En la encíclica *Divino afflante Spiritu* (1943), Pío XII finalmente afirmaba que el escritor humano es “instrumento (!) vivo y dotado de razón”, y por eso “el exegeta tiene que esforzarse [...] en discernir cuál fue el carácter particular del escritor sagrado y sus condiciones de vida, la época en que vivió, las fuentes orales o escritas que utilizó, y finalmente, su manera de escribir. Así podrá conocer mejor quién fue el escritor sagrado y lo que quiso expresar al escribir”. Es decir, llamó la atención claramente a la plena humanidad del escritor, y también del hecho que recurriese a “fuentes orales o escritas” para componer la obra.

¹³ Estas consideraciones dieron origen a las explicaciones de la inspiración en clave social, en particular, por parte de John L. McKenzie, Dennis J. MacCarthy, David M. Stanley, Karl Rahner, Luis Alonso Schökel y Paul Achtemeir.

la Tierra es solamente un planeta que gira alrededor del Sol y no al revés (caso Galileo), en un inmenso cosmos?

Las concepciones tradicionales de la inspiración ignoraban la tradición oral —en realidad, ignoraban el proceso que va desde el *Sitz im leben* originario hasta su consignación escrita—, y no tomaban seriamente en cuenta o ignoraban los *condicionamientos* culturales y circunstanciales del escritor, es decir, lo que en términos de subjetividad y de condicionamientos supone ser *humano*.

Ahora bien, excepto en el caso de la composición de cartas y algunos poemas, es incorrecto considerar como autor único a la persona responsable de la redacción final de un escrito bíblico, como es tradicional hacer. Bajo el término “autor” es necesario incluir a todos los que contribuyeron en la formación del texto bíblico: quien formuló la tradición por primera vez, quienes la transmitieron, reformulándola, quien la puso por escrito más tarde, y también quien le dio el toque final (que leemos).

El “autor” del libro de Amós, por ejemplo, no es solo el pastor de Tekoa, sino también el conjunto de sus discípulos, quienes preservaron y transmitieron sus profecías (orales) y eventualmente las pusieron por escrito. Sin la voz del profeta Amós no se hubiera empezado, y sin la tradición y los escritores (que fueron varios) no tendríamos aquello que está incluido en el libro de Amós. Unos dependen de otros. En otras palabras, la inspiración no se reduce al privilegio de una sola persona.

Una descripción de la inspiración desde el punto de vista del autor debe tener presente que los escritos de la *Biblia* son productos de vivencias en comunidad en determinados momentos históricos. Y que son vivencias *humanas*. Los textos bíblicos fueron creados en el seno de comunidades de fe (en Israel, en la Iglesia). De ahí la importancia de la tradición. Acontecimientos o experiencias fueron percibidos e interpretados desde la fe, y comunicados a la comunidad como tales, generalmente en forma oral.

Esas comunicaciones a su vez influían en la comunidad, en su vida de fe y en las expresiones teológicas. Se generaron ciclos de tradiciones conforme cada generación confesaba y vivía su fe referida a esas tradiciones, y las iba “actualizando” a la luz de sus nuevas percepciones, de manera que preservaran su pertinencia y su capacidad comunicativa. Eventualmente, un editor las puso por escrito, y así adquirieron una forma fija y estable. Algunos fueron compuestos directamente, como las cartas. Los escritos ganaron respeto como testimonios

de la fe de la comunidad, y como referentes normativos, hasta ser declarados “canónicos”.

Visto este *proceso*, la pregunta es la siguiente: ¿Dónde se ubica en él la inspiración? Obviamente, en todas las personas involucradas, en la comunidad, a lo largo del proceso, pues están estrechamente interrelacionados. Más concretamente, la inspiración divina se daba en *la secuencia comprensión-interpretación-comunicación*, por parte del receptor, quien luego pasaba a ser emisor, y su mensaje era recibido por otra persona que formaba parte del proceso, en una secuencia $A \rightarrow B \rightarrow C \rightarrow$ escritor.

En resumidas cuentas, “autor” incluye a la comunidad; el escritor no vivía en un vacío sin historia ni comunidad; nació, vivió y se movió en tradiciones e interrelaciones humanas. Por eso, no debe extrañarnos que un cierto número de escritos de la *Biblia* sean anónimos: no había un único autor, sino eran productos de transmisiones orales en la comunidad, de sus vivencias, acontecimientos y experiencias, como es el caso de los escritos que constituyen el Pentateuco.

– La identidad del redactor principal de esos escritos anónimos no era primordial, pues él (o ellos) simplemente era portavoz de la comunidad, que había preservado las tradiciones en cuestión. Si bien la inspiración, la comunicación de Dios a las personas, se situaba en la comunidad, no en un solo individuo, eso no excluía una inspiración “más intensa” a ciertas personas, en particular, los escritores.

– Segundo, al hablar de la participación humana, se está hablando de personas *condicionadas* por su historia, su cultura, su teología, es decir, por una serie de factores que la hacen ser *humana* en cuanto tal. Es a ella, no a Dios, a quien se deben las ignorancias, los errores, las particulares comprensiones teológicas; es ella, no Dios, quien fue evolucionando y profundizando su comprensión de Dios y de su propia relación con él en la historia.

– Y tercero, muchos de los textos bíblicos provienen de una larga tradición oral, en el que fueron comunicándose de generación en generación, es decir, una cadena de personas, no una sola. Y a todo esto debe responder una correcta presentación de la inspiración bíblica.

DIOS INSPIRADOR

Cuando en círculos tradicionalistas se habla de Dios como autor, se sobrentiende que los hombres fueron una suerte de secretarios. Con matices más o matices

menos, coinciden en pensar que las palabras provienen de Dios (son las “palabras de Dios”, y por eso enfatizan este calificativo). La típica expresión “la *Biblia* dice...” equivale a “Dios literalmente dice...”.

Por eso, se abocan a “escudriñar las Escrituras” estudiando cada palabra. Al partir de la tesis de que Dios es *el* autor de la *Biblia*, una de las mayores preocupaciones del fundamentalista es afirmar y demostrar la total y absoluta inerrancia de la *Biblia*, que es un incuestionable axioma. Por eso chocan con las ciencias y rechazan la exégesis histórico-crítica.

El fundamentalista califica como racionalista, e incluso como impío, y por tanto condenable, cualquier intento de estudiar la *Biblia* desde su dimensión humana. Hacerlo equivale –en su opinión– a cuestionar la autoría divina de la *Biblia*. Para él, se trata de verdades eternas comunicadas por Dios mismo para todas las personas de todos los tiempos y culturas, que deben ser aceptadas y obedecidas sin cuestionamiento alguno. Típicamente, las narraciones son tomadas como crónicas de lo sucedido, incluido el Génesis.

Consciente de los aspectos humanos en la redacción de los textos bíblicos –como hemos visto–, cuando la teología escolástica hablaba de Dios lo hacía figuradamente, no en el mismo sentido que cuando se habla de humanos. Aplicado a Dios, el término autor se emplea para decir que él es el inspirador, quien *está al origen* de la escritura, y no que él es el escritor o quien dictó las palabras. Dios es el autor intelectual, no material, diríamos hoy.

Si no fuera por la iniciativa divina, no tendríamos *Biblia*; a lo sumo literatura religiosa, como tantas más. En este sentido, habría que decir que Dios es el autor *primero*. Quien reconoce y transmite la revelación histórica por inspiración divina es el autor *material*, el hombre. El mensaje se debe a Dios; su formulación es humana, con todo lo que implica, condicionada por sus momentos culturales e históricos, entre otros. Sin embargo, ese mensaje estaba pensado directamente en los destinatarios *inmediatos* de los escritos, no para muchos siglos después.¹⁴ Por eso, era palabra *directa* de Dios para ellos, y lo es solo indirectamente para nosotros (pensemos en las cartas).

¹⁴ Esto justifica la exégesis crítica, especialmente el estudio histórico-crítico; y de aquí la importancia que reviste procurar conocer la mente del autor (*intentio auctoris*), como el mismo magisterio ha repetido.

Ahora bien, para comprender de qué manera Dios está al origen de la Escritura, hay que tener presente que los escritos de la *Biblia* son testimonios de vivencias o experiencias de la presencia activa del espíritu de Dios, y no meros reportajes o dictados. Solo así se puede aplicar legítimamente el término inspiración a los escritos históricos, didácticos y poéticos, y no solo a los proféticos. ¿Cómo, si no, podría hablarse de inspiración refiriéndose a relatos de acontecimientos y de experiencias humanas? ¿Cómo podría aplicarse el término inspiración a los Salmos, en los que son personas quienes se dirigen a Dios, y no a la inversa? Es decir, Dios está presente en su Espíritu acompañando a su pueblo especialmente a través de personas por él agraciadas.

Al observar la manera como los autores de los escritos del Nuevo Testamento citaban los textos del Antiguo Testamento, cambiándolos y adaptándolos (sobre todo, con base en una versión griega, no en el original hebreo), podemos deducir que, al menos para ellos, lo “inspirado” no eran las palabras mismas (inspiración verbal), sino la capacidad de ser Palabra de Dios aquí y ahora. Esto está claro en los textos hallados en Qumrán.

Por eso, no debe extrañarnos que considerasen como sagrados textos que fueron compuestos utilizando a otros, como Crónicas, que se basó en Samuel-Reyes, o Mateo y Lucas, que se basaron en Marcos, por no mencionar los empleos de mitos, de leyes y de proverbios populares. Cada uno es una adaptación con miras a la comunicación para *ese* momento a *ese* destinatario.

Y es que la inspiración divina solo se entiende si se afirma la presencia del Espíritu de Dios en la comunidad. Por eso, Pablo podía dar su opinión personal en nombre de Dios (1Co 7,25.40), y podía afirmar:

Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. [...]. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común. Así, a uno se le da, mediante el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, según el mismo Espíritu, palabra de conocimiento... (1Co 12,4-11).

O en términos ministeriales, “(Dios) constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros *evangelistas* [...] para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef 4,11s).

Sin embargo, no todo queda aun claro. Desde la perspectiva temática, ¿sería el Creador ignorante de la naturaleza de su propia creación y de la historia (abundan los errores en estos campos)? ¿Habría Dios permitido primero la esclavitud, la poligamia, el politeísmo, incluso ordenado matanzas (Josué), etc.,

para luego abolirlas?¹⁵ ¿Por qué habría dejado a su pueblo en la ignorancia hasta la época de los Macabeos en cuanto a la resurrección de los muertos?

Se suele responder en términos de una pedagogía divina progresiva, pero eso, a decir verdad, no satisface: asume que el hombre era incapaz de entender, que era inmaduro... Estamos invitados a tomar en toda su seriedad la autoría humana con sus propias limitaciones y condicionamientos humanos que, además, son evidentes en la *Biblia* misma. La teología, como la cultura, no es de Dios, sino de los hombres.

EL TEXTO INSPIRADO

Movidos por la preocupación de defender la idea de que la *Biblia* no contiene error alguno, pues *el* autor, Dios, no puede errar, no pocos han puesto el peso de su explicación de la inspiración en el texto mismo, el producto de Dios mismo. El modelo al que recurren para su explicación es el profeta extático y visionario, aquel que era poseído por el Espíritu de Dios hasta el punto de no comprender plenamente lo que decía o escribía.

Según tal explicación, lo que realmente cuenta es la relación Dios-texto. Es la denominada inspiración literal, sostenida hoy solo entre fundamentalistas. Esta explicación llega a afirmar que la inspiración era de los textos originales, autógrafos —¡los cuales no poseemos!— y no de las copias, en las que se basa nuestro texto hebreo (AT) y griego (NT) de la *Biblia* hoy. En su forma extrema adjudica a Dios inclusive “las vocales del texto hebreo” (¡aunque la *Biblia* hebrea se escribió sin vocales!), como lo afirmó la “Fórmula de consenso de la reforma helvética”, en 1675.

Según esta visión, que subsiste aun hoy, la *Biblia* es una colección de verdades eternas, inmunes a factores históricos o culturales. El autor humano es reducido a mero instrumento, de modo que poco importaría que la profecía haya sido pronunciada por Isaías, Amós u otro, o que se haya escrito en el siglo VI o en el siglo II a.C. Lo que realmente importa es el texto en sí mismo, como las mismísimas palabras de Dios.

¹⁵Aquí entra en juego el problema de la ética veterotestamentaria, con sus incongruencias y sus crudezas, y su contraste con la neotestamentaria que aun sostiene, por ejemplo, la esclavitud (1Co 7,21ss.; Flm) y la inferioridad de la mujer.

Sin embargo, ¿cómo explicar las diferencias en estilo, los innegables errores gramaticales, las incoherencias y contradicciones entre diversos textos (baste comparar las versiones del Decálogo o las del Padrenuestro)? ¿Sería Dios inconsistente consigo mismo?

A eso podemos añadir los testimonios expresos de ciertos escritos en los que el autor humano se presenta como plenamente responsable de su obra: caso de Sirácida, de Lucas y de las cartas; y también las explícitas menciones de aquél (o aquéllos) para quien (quienes) se escribió: israelitas, Teófilo (Lucas), Filemón, Corintios, Gálatas, las iglesias en Asia. ¡En ningún caso nosotros! Como se observa, lo que al final de cuentas está en juego es una determinada imagen de Dios y, en consecuencia, una cierta idea de revelación.

El problema medular es la afirmación de que escritos compuestos por humanos son “Palabra *de Dios*”, es decir, la relación Dios-hombre en el proceso de composición de los escritos, que se explica por la categoría “inspiración”. De lo expuesto, la atención se centra en las personas involucradas. Los textos no se escribieron a pesar de sus compositores, y ellos eran plenamente humanos, no títeres, por tanto, *libres* e hijos de sus tiempos. Y en muchos casos, antes de la escritura, ya estaban involucradas personas en la tradición oral.

Es decir, es indispensable asumir que, por ser humanas, vivían las vicisitudes, condicionamientos y limitaciones propios de seres humanos, y se impone reconocer que entre Dios y el texto hubo un proceso más o menos largo de comunicación, además de los problemas epistemológicos, entre otros considerandos. Las cartas, por ejemplo, expresaban opiniones personales, inspirados por Dios, pero movidos por su propia teología: ¿Qué significa, pues, afirmar que fueron “inspiradas”? ¿Es inspiración literaria, teológica, ideológica, u otra?

¿Y EL RECEPTOR?

Confrontados con nuestros conocimientos actuales sobre lingüística y comunicación, el concepto de inspiración bíblica ha tenido que ser repensado. Como hemos visto, la inspiración se encuadra dentro de *procesos* de comunicación, que incluyen emisores y receptores. Eso significa que la transmisión y la recepción contaban con la presencia del Espíritu (vida) para que el texto sea comprendido como Palabra de Dios.

Hasta ahora, haciendo eco a los acentos tradicionales, hemos centrado la atención en el emisor en la producción del texto. Sin embargo, en términos

de inspiración, que es una comunicación, el receptor también tiene que haber estado inspirado por el Espíritu *para comprender* el texto comunicado (oral o escrito) como Palabra de Dios, y poder comunicarlo como tal. El receptor penúltimo –salvo en las cartas– es el escritor (emisor), pero el último receptor es el destinatario.

En el proceso de cognitivo, el receptor vive una suerte de círculo epistemológico entre comprensión e interpretación. Entramos aquí en el complejo campo de la hermenéutica. Me limito a algunas observaciones.¹⁶ El primer paso se da en el intento de comprensión: es mi aproximación al objeto. A menudo, ésta va acompañada de una precomprensión natural. La interpretación, el segundo paso, es la pregunta consciente por el *significado* que tiene *para mí* (en sintonía con mi vida) lo que he comprendido, que con frecuencia se coteja con experiencias previas. Una comprensión incorrecta o deficiente produce una interpretación incorrecta o deficiente. La comprensión depende, entre otros, de la información. Es lo que se trata de hacer mediante la exégesis del texto. Quien comunica (emisor) transmite su comprensión.

El paso del tiempo, y con ello, el alejamiento del mundo del autor, que va de la mano con cambios situacionales, culturales y otros, es un factor significativo en la comprensión e interpretación.

El monumento a Jefferson, en Washington, tiene como inscripción una afirmación suya: “Todos los hombres han sido creados iguales.” Lo que él decía a los norteamericanos en su tiempo era que no están obligados a estar sujetos a los británicos, pues “todos los hombres han sido creados iguales”. Así justificaba Jefferson la guerra de independencia. Él no pensaba en una igualdad sin distinción de raza, religión o sexo, como entienden los norteamericanos hoy esa frase. Lo prueba el que Jefferson tenía esclavos negros, y no pensaba que fueran “creados iguales” a él.

¿Qué garantiza la correcta comprensión? El conocimiento del mundo del autor. Aplicado a la *Biblia*, nos confronta con la pregunta por la recta comprensión por parte del receptor de las tradiciones o los textos, que eventualmente pasa a ser trasmisor y de quien depende el escritor.

Se lee, recibe, apropia y actualiza desde una determinada perspectiva. Esto es evidente en las relecturas de libros enteros (S-R, en Cro), y en citas de

¹⁶ Para esa importante distinción, ver a Schneiders, *The Revelatory Text*, 17ss., y 157-164.

textos del Antiguo Testamento, en los evangelios, que se han aplicado a Jesús porque esos viejos textos son releídos desde la fe cristiana.

En síntesis, en la comunicación, lo que está en juego es la *interpretación* de los textos, que son los vehículos: hablar y escribir son comunicaciones de interpretaciones, y escuchar y leer son interpretaciones de lo dicho y lo escrito. En relación con la *Biblia*, el sentido auténtico es el *literal*, que es aquel que quería comunicar su autor inspirado. Es el sentido que escruta y expone la exégesis con sus métodos, enfoques y considerandos.

Por eso la importancia del discernimiento y el estudio, que se lleva a cabo metódicamente, asunto que la Iglesia Católica tomó tan en serio que en 1993 publicó el documento sobre “La interpretación de la *Biblia* en la Iglesia”, y ya antes le dedicó sendos párrafos en encíclicas y en la *Dei Verbum*.

LA INSPIRACIÓN A LA LUZ DE LOS ESTUDIOS BÍBLICOS ACTUALES

Hemos visto las ideas tradicionales de la inspiración y sus deficiencias. ¿Qué hemos aprendido entre tanto de los estudios bíblicos?

Desde hace más de un siglo los estudios bíblicos se han venido enriqueciendo con los aportes de la arqueología, de las ciencias sociales, de la antropología, de la lingüística, y de la hermenéutica, entre otros. Esto nos obliga a repensar nuestra idea de la inspiración divina. Desde el momento en que conocemos y tomamos en cuenta la variedad de factores que intervinieron en la composición de la *Biblia*, no podemos seguir pensando igual que antes. En aras de la coherencia, al hablar de la inspiración, las siguientes observaciones, entre otras, deben ser tomadas en cuenta:

1. Por ser la inspiración una comunicación, se dirige a personas, no a escritos o textos (inertes). Los textos son productos de sus autores.
2. En los himnos, oraciones, y claramente en los Salmos, son los hombres quienes se dirigen a Dios, no al revés. Y las cartas son comunicaciones directas entre personas (Pablo a Filemón). ¿Están inspirados todos por Dios?
3. La inspiración debe referirse tanto a discursos como a relatos (mitos, leyendas, epopeyas, etc.), a poemas y a cartas. La comunicación en cada uno es diferente. Y, ¿cómo considerar inspiradas las genealogías y las cronologías, que son datos tomados de archivos o memorias?

4. La explicación de la inspiración que se dé ha de tener presente el hecho de que, en el curso de la transmisión oral, lo comunicado sufría modificaciones, adaptaciones, reinterpretaciones. Igualmente, el o los escritores seleccionaron, adaptaron y reinterpretaron las tradiciones que recibieron. Es decir, toda explicación de la inspiración debe cubrir el *proceso de comunicación*, con sus implicaciones¹⁷; y debe tener presente que ese proceso siempre involucra la *interpretación* del comunicador, al igual que la del receptor, con su subjetividad.
5. Ningún autor, tanto en lo oral como en lo escrito, vivió aislado de su comunidad, sino estuvo inmerso en ella: allí se transmitieron y vivieron las tradiciones, algunas de las cuales se consignaron por escrito. Es decir, los autores han estado influenciados tanto por su entorno (circunstancias) como por su historia personal. La explicación de la inspiración debe tener presente la dimensión social.
6. Algunos escritores utilizaron otros escritos como fuentes o tomaron material del mundo en el que vivían (mitos, expresiones, proverbios, leyes). Los libros históricos, y también Lc 1,3, lo dicen expresamente. ¿Cómo entra en consideración la inspiración si utilizaron material ajeno? Añadamos que no todos los escritos bíblicos hablan de la intervención de Dios en la historia (por ejemplo, Rut).
7. Cada escritor compuso su obra con *su* estilo, según *su* visión teológica, *sus* concepciones y *su* comprensión e idea de Dios y de las tradiciones. Es decir, toda explicación de la inspiración debe tener presente la dimensión histórico-cultural, y las *limitaciones conceptuales* (incluso teológicas) evidentes en los textos.
8. En el caso de narraciones, en especial, al hablar de “autor” se debe pensar en todos los que intervinieron directamente en el proceso de transmisión *oral*, que va desde el primer relato del acontecimiento o vivencia en cuestión, hasta su puesta por escrito. *Dependen unos de otros* en la cadena de transmisión.
9. Los diferentes escritos de la *Biblia* fueron compuestos para un público concreto, el del tiempo de su composición, tomando en cuenta sus

¹⁷ Aquí debemos apuntar a todo lo que hemos aprendido de las ciencias de la comunicación, y de la lingüística, la narratología, la retórica, y otras disciplinas afines.

vivencias, problemas, intereses, y necesidades. Es decir, responden a circunstancias concretas y se refieren a ellas. No fueron escritos desde una torre de marfil y para un público imaginario, menos para dentro de veinte siglos.

10. Puestos en el orden cronológico de su composición, los escritos de la *Biblia* muestran una evolución en el pensamiento religioso, que debe ser tenida en cuenta al hablar de la inspiración de la *Biblia*, por ejemplo, en relación a la escatología. No poco de lo que se lee en la *Biblia* corresponde a conceptos imperfectos, tanto de Dios como del mundo y del hombre.
11. En la *Biblia* hallamos innegables inconsistencias y también errores, no solo en cuanto a historia y ciencias, sino inclusive teológicos.¹⁸ Esto es obvio, cuando se comparan textos, y en obras como el Apocalipsis, que además está imbuida de concepciones mitológicas.
12. Algunos textos bíblicos nos han llegado en traducción (Eclesiastés), otros han sido complementados (partes griegas del AT en Daniel y Esdras; Jn 21; Mc 16,9-20). ¿Se debe considerar inspirada la *Septuaginta*, que era la *Biblia* de la diáspora y de la que se citó en el Nuevo Testamento?¹⁹

Dejamos de lado la cuestión del canon. Tan solo recordemos que la *Biblia* como tal es el resultado de las decisiones sobre el canon. Los autores de numerosos escritos bíblicos no tenían la intención de que fueran normativos para todos los tiempos, como es evidente en el caso de las cartas. La decisión de constituir un canon tiene algo que ver con la inspiración divina²⁰, y leemos como fundamento de nuestra fe los escritos de ese canon.

La inspiración divina no puede haber concluido con la composición del último escrito de la *Biblia*, pues Dios no ha dejado de guiar a su pueblo. A lo sumo, se puede hablar de una inspiración *bíblica* que concluyó en un determinado tiempo. Eso obliga a diferenciar entre inspiración divina en general e inspiración bíblica.

¹⁸ Sustentar afirmaciones como éstas requeriría más espacio del que este artículo permite. Baste remita a textos como 1Co 15,25-28 y Rm 1,3-4, y preguntarse por la cristología allí expuesta (que hoy sería tildada de herética).

¹⁹ Ver al respecto a Benoit, “¿Está inspirada la versión de los Setenta?”, 155-166.

²⁰ Farkasfalvy, *Inspiration and Interpretation*, 203-235; Michelangelo Tabet, “Ispirazione biblica e canonicità dei libri sacri”, en Izquierdo, *Scrittura ispirata*, 80-117; Harris, *Inspiration and Canonicity of the Scriptures* (1995).

En síntesis, una concepción de la inspiración que considera al autor humano como instrumento o secretario de Dios, que olvida la libertad humana y el sentido de la comunicación, que lo aísla de su comunidad histórica e ignora los múltiples condicionamientos e influencias situacionales y culturales, y que permite aparecer a Dios como si fuese inconsistente y se contradijese, es miope en cuanto a la naturaleza de los escritos bíblicos y en cuanto a la manera de actuar de Dios. Es una suerte de docetismo.

Y una concepción de la inspiración que olvida el proceso evolutivo de las tradiciones y de la *Biblia* misma, que pone su atención exclusivamente en el texto final, es ciega en cuanto al dinamismo histórico de la Palabra de Dios. Es una suerte de monofisismo. Esto nos lleva a discutir la relación de la inspiración con los conocimientos modernos de la comunicación humana y de lingüística²¹, además de la hermenéutica y la epistemología, que no podemos abarcar aquí.

HACIA UNA DESCRIPCIÓN GLOBAL DE LA INSPIRACIÓN DIVINA

Al tomar en cuenta las observaciones hechas, propongo una explicación de la inspiración, tanto en su sentido global como –más específicamente– en relación con la *Biblia* como tal. Para empezar, tal como ya advertí, lo que se debe decir acerca de la inspiración divina es mínimamente que con ese término se designa una *comunicación* de Dios *al hombre*. Además, debemos cuidarnos de considerar al hombre aislado de su comunidad o despojado de sus condicionamientos y circunstancias histórico-culturales, como si viviese en un vacío.

El tema de *lo inspirado* lo calificamos como revelación; por eso inspiración y revelación son a menudo tratados conjuntamente. Aquí no podemos detenernos en el tema de “revelación”, que se da en acontecimientos (objetivos) y en experiencias (subjetivas).

En su sentido amplio, la inspiración divina está estrechamente relacionada con la presencia activa y orientadora de Dios en el seno de su pueblo, que se manifiesta explícitamente mediante la “iluminación” de determinadas personas que actuaban como guías e intérpretes de la voluntad divina. Y esa presencia no ha cesado: Dios ha seguido y sigue inspirando a determinadas personas. La inspiración se dio, además, mucho antes de que se escribiese un solo renglón

²¹ Ver a Schneiders, *The Revelatory Text*; Egger, *Lecturas del Nuevo Testamento*; Cotterell y Turner, *Linguistics and Biblical Interpretation* (1989); Silva, *God, Language and Scripture* (1991).

de la *Biblia* y se proyecta más allá de ella misma, hasta el presente. Además, no todo lo inspirado se ha preservado.

Ahora bien, si Dios guiaba a su pueblo en su caminar histórico hacia él, entonces podemos asumir que también quiso, de manera especial, que los testimonios de su actuación histórica y de su inspiración a determinadas personas se pusieran por escrito, a fin de que sirvieran de orientación para su pueblo en las generaciones futuras.²² Esto nos lleva a considerar la inspiración en un sentido más estrictamente relacionado con la composición de la *Biblia*, es decir, la inspiración bíblica propiamente dicha.

La inspiración bíblica es única por su relación con la *Biblia*. Y la *Biblia* es única por ser la colección de escritos tenidos por la comunidad como fundantes, formativos y determinantes de la fe. Estos atestiguan la formación de la comunidad, y por lo mismo representan la fe constitutiva de esa comunidad. Se es judío en la medida en que se vive según las perspectivas expuestas en la *Biblia* hebrea; se es cristiano en la medida en que se vive según las perspectivas trazadas en el Nuevo Testamento.

La inspiración bíblica se caracteriza por tener como objeto primero el proceso que va desde los acontecimientos y las experiencias reveladores hasta la puesta por escrito de los testimonios de esos acontecimientos (teoría) y las orientaciones (praxis) fundacionales, y su reconocimiento como normativos. Los acontecimientos y las vivencias atestiguadas en la *Biblia* son fundacionales (desde nuestra perspectiva de comunidades ya formadas por y en base a ellos), por ser los que paulatinamente forjaron y dieron forma a la comunidad, y perfilaron su identidad; no así los escritos posteriores, pues no son fundacionales. Por eso decimos que la inspiración *bíblica* cesó, no así la inspiración divina en general.

Más puntualmente, ¿qué es lo propio de la inspiración bíblica? Es *la capacidad de reconocer, comprender e interpretar correctamente la revelación como tal, y de transmitirla fielmente.*

Dicho en otras palabras, Dios guió a algunas personas de las que vivieron las experiencias a las que se refiere la *Biblia*, a reconocerlas, comprenderlas e interpretarlas como manifestaciones de su presencia orientadora, y a transmitirlas como tales; y de hacerlo correctamente, es decir, en consonancia con el mensaje divino.

²² Esto fue lúcidamente observado ya por Karl Rahner, en *La inspiración de la Sagrada Escritura*.

Así, Dios iluminó y guió las capacidades mentales de determinadas personas para que reconociesen que el éxodo de Egipto revelaba que Yahveh es un dios liberador y de la libertad, y no simplemente que era el resultado de la astucia de ese grupo de hebreos o de la debilidad de los egipcios. Inspiró a ciertos profetas a hablar en nombre suyo, de modo que orientasen a su pueblo por el camino de la alianza.

El Espíritu iluminó a algunas personas a reconocer un sentido redentor en la crucifixión de Jesús, y predicarlo como tal. Igualmente, el Espíritu inspiró a algunas personas en particular para que pusieran por escrito esas tradiciones, guiándolas en su tarea redaccional. El mismo Espíritu, además, guió a su pueblo a reconocer la normatividad de los escritos que constituyen la *Biblia*, y eventualmente, a tomar la decisión acerca del canon.

De no haber sido así, ¿cómo podremos estar *seguros* de que el relato del Éxodo, escrito varios siglos más tarde, preservara *su verdadero* significado revelador? Igualmente, ¿cómo estar seguros de que la decisión sobre el canon bíblico ha sido correcta, de que no excluyeron escritos que deberían haber sido incluidos, y al revés? Son preguntas medulares. La única respuesta que podemos dar nos viene de la fe: “Dios les inspiraba”, estaba con ellos guiándolos de un modo especial.

En pocas palabras, la inspiración bíblica (1) es un carisma o don de Dios a los “autores” (desde la tradición oral hasta la fijación de la *Biblia*), (2) que les guiaba de tal modo que reconociesen, comprendiesen e interpretasen *correctamente* determinados acontecimientos y vivencias, así como determinadas comunicaciones, en su dimensión reveladora (acerca de Dios y su voluntad), (3) que los transmitiesen correcta y adecuadamente a su auditorio, (4) para su edificación y orientación en la fe a lo largo del tiempo, por el camino que conduce a la salvación. Veámoslo más detenidamente.

La inspiración bíblica es un carisma especial de *comprensión e interpretación*.²³ Al margen de la redacción de los textos bíblicos, la inspiración tenía por finalidad guiar a ciertas personas (1) a descubrir la significación salvífica de aquello revelado por Dios mediante acontecimientos y experiencias que luego fueron relatados y eventualmente puestos por escrito; (2) a interpretar *correctamente*

²³ Tomás de Aquino ya había percibido que la inspiración concierne las capacidades cognitivas (*Suma teológica*. II 2q. 173).

tamente esos acontecimientos, vivencias, experiencias y reflexiones reveladoras, y a asegurar la fiel transmisión de su significación salvífica, preservándola de interpretaciones erróneas (dentro de los límites de sus capacidades cognitivas y sus culturas) hasta su fijación escrita; (3) a reconocer el carácter normativo de los testimonios bíblicos para la orientación de la comunidad y hacia ella.

Ese carisma acompañaba a todos los receptores y emisores a lo largo del proceso de comunicación. La importancia de la interpretación como tal y de su rectitud ha sido puesta de relieve especialmente en los conflictos de interpretaciones entre verdaderos y falsos profetas, ilustrados en el Antiguo y aludidos en el Nuevo Testamento.²⁴

De no ser la inspiración bíblica un don divino con miras especialmente a la comprensión e interpretación correcta de la revelación, ¿qué *garantía* tendríamos de la verdad salvífica de los testimonios bíblicos? De no incluir la inspiración la decisión de plasmar por escrito los testimonios bíblicos, ¿qué *garantía* tendríamos de que nuestro credo y nuestra fe son correctos, que no hemos hecho de Dios un ídolo? Y, de no incluir la inspiración la decisión de fijar el canon, ¿qué *garantía* tendríamos de que las interpretaciones del acontecimiento-Jesucristo dadas en nuestros cuatro evangelios canónicos, por ejemplo, son correctas, y no aquellas que ofrece alguno de los evangelios apócrifos? Como vemos, la inspiración bíblica es la “*garantía*” de que nuestra fe responde a la *verdadera* revelación histórica de Dios.

Que la inspiración bíblica concernía especialmente la comprensión e interpretación, se deduce (1) del hecho de que muchos acontecimientos y vivencias que podían comprenderse e interpretarse de varias maneras fueron entendidos como revelaciones de Dios; (2) de la concordancia sustancial en la comprensión e interpretación que (teniendo en cuenta las circunstancias y las limitaciones conceptuales del momento, que explican las diferencias) los diversos escritos muestran en torno de un mismo acontecimiento, como se observa fácilmente en el Nuevo Testamento, y (3) del hecho de que la comunidad de creyentes les reconoció autoridad normativa para la fe a estos, y no a otros escritos.

²⁴ Ver la definición dada en Dt 13,2-6, y los casos mencionados en 1R 22,6ss.; Jr 23,9ss., 26,7ss., y 28; Ez 13; Mi 3,5ss.; Za 13,2ss.; Mc 3,22ss.; 2Co 11,13; Ga 1,8ss.; y 1Jn 4,1ss.

La inspiración bíblica incluye la comunicación humana como tal, la capacidad de *transmitir correctamente* “lo revelado”, hasta su fijación por escrito.²⁵ En efecto, el Espíritu condujo a la fijación por escrito de la revelación histórica (acontecida) de la etapa fundante o formativa, tanto del judaísmo como del cristianismo, de modo que en su escritura “se revele la revelación”.

La puesta por escrito dio a los testimonios de la revelación una objetividad que permite que sean punto de referencia crítico para el futuro, y que se extiendan más allá de la comunidad donde se vivió y se escribió. Y el hecho de tratarse de la revelación fundante, le imprime un carácter normativo insustituible para la fe. Esto quedó confirmado con la decisión sobre el canon, a pesar de los siglos transcurridos entre la redacción de los textos y las profundizaciones teológicas. Y esto hace que la *Biblia* sea “documento de identidad”, tanto para el judaísmo como para el cristianismo (según se trate del AT o de ambos testamentos).

ALCANCE DE LA INSPIRACIÓN BÍBLICA

De lo expuesto se desprende que la inspiración de los escritos bíblicos no es igual que la de cualquier otro escrito religioso. La inspiración bíblica tenía como objetivo dejar asentada la revelación histórica que debería servir de punto de referencia normativo y crítico para la fe posterior. Allí se expresa la voluntad salvífica de Dios.

Por cierto, el grado de comprensión de la revelación en *ese* instante corresponde al del momento de su escritura. Por eso, todo no está dicho en la *Biblia* de forma definitiva y perfecta, y tampoco se excluye la necesidad de interpretarla para el momento actual. El *proceso* de comprensión y profundización no cesó. Es lo que llamamos tradición.

En efecto, contrario a lo que piensa el fundamentalista, afirmar que los escritores fueron inspirados no implica necesariamente que lo escrito por ellos sea válido automáticamente, *tal cual* para todos los tiempos, pues la inspiración la concedió Dios a personas que estaban condicionadas por la cultura y su limitado horizonte conceptual. La inspiración no convertía a esas personas

²⁵ Por supuesto, es “correctamente” interpretado y comunicado dentro de los límites de sus autores, dentro de los parámetros de su cultura y su teología. Siendo Palabra directa para sus destinatarios inmediatos, era dentro de esos límites que se medía lo “correcto”, no a la luz de concilios o teologías posteriores.

en genios o les hacía entender a Dios y la significación de la revelación de una manera absolutamente perfecta e insuperable.

La inspiración, sea dicho claramente, no eliminaba las limitaciones naturales de los autores humanos, y por tanto, de sus obras, que se dirigían a comunidades y momentos concretos, que no son precisamente los de hoy, sino del pasado, con los conceptos propios de esos tiempos, incluidos los teológicos.

El hecho de haber sido inspirados no nos dispensa de la necesidad de conocer, en la medida de lo posible, el mensaje que fue comunicado directamente a sus destinatarios inmediatos, y reinterpretarlo para hoy, “en el mismo espíritu en el que se escribió”. Es una cuestión de fidelidad al originario mensaje inspirado por Dios.²⁶

La inspiración no se limitaba a los escritos originales, sino que en algunos casos se extendió a las traducciones que marcaron la personalidad de la comunidad. Esto es parte del proceso de comunicación. Es el caso de la traducción griega de la obra de Jesús ben Sirá –fue ésta a la que recurría la comunidad judía, no al original hebreo que por alguna razón se perdió (ver Qumrán)– y es esa la que leemos en la *Biblia*.

Otro tanto se podría decir de la *Septuaginta* para las comunidades que no tenían acceso al texto hebreo. Esa ha sido la convicción de quienes explicaron el origen de la LXX como una traducción absolutamente fiel, como leemos en la carta de Aristeeas. La traducción reflejaba el *mensaje* del texto traducido. No había una suerte de culto por la letra de los textos, como ha puesto en evidencia la literatura de Qumrán. La misma visión de las Escrituras tenían los cristianos cuando citaban el Antiguo Testamento libremente, según el sentido, no según la letra.

Por otro lado, a la hora de fijar el canon no se preguntaba por el texto original sino por aquel que en ese momento leían y entendían e inspiraba: no eran las palabras como tales, sino el carácter salvífico del mensaje comunicado dentro del recorrido de la tradición.²⁷

²⁶ Esto se tiende a ignorar en la llamada exégesis canónica. Ver al respecto las advertencias de Barr, *Holy Scripture*, Apéndice II, 130-171, y el incisivo estudio de Simian-Yofre, “Possibilità e limiti dell’interpretazione ‘canonica’ della Bibbia”, 157-175.

²⁷ Gabel, *Inspiriert und inspirierend – die Bibel*.

Si bien la inspiración como tal, en términos generales, no ha cesado –Dios no ha dejado de guiar a las personas, ni se ha ausentado de la historia–, la inspiración propiamente bíblica tenía como objeto los testimonios de la revelación histórica que han configurado a la comunidad de creyentes. Por eso se pusieron límites al canon y solo se incluyeron los escritos que expresaban la fe vivida por la comunidad y que testimoniaban las vivencias de su etapa formativa, escritos que definen su identidad, que determinaron su “personalidad”, ya fuera judía o cristiana.²⁸

Inspiración, inerrancia y Palabra de Dios son tres dimensiones inseparables. Para no sobrecargar este artículo, me limito a algunas observaciones al respecto. Si la inspiración bíblica es con miras a la configuración de la comunidad judía, y luego la cristiana, esto significa que de parte de Dios (su “Palabra”) el emisor comunica verdades de vida, importantes “para la salvación” (inerrancia); y eso implica que la potencialidad comunicativa de los textos inspirados se actualiza cuando *el receptor* los comprende e interpreta como “Palabra de Dios”.

Esta actualización –como se intuirá– se extiende más allá de los tiempos bíblicos... Por eso el sabio principio hermenéutico de la *Dei Verbum*, de que “la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo espíritu con que se escribió”²⁹ (No.12).

Han sido las comunidades que reconocieron en diversos escritos que estos eran de cierta manera Palabra de Dios, y como tales los leían, los veneraban y luego los canonizaron. El mismo Espíritu que inspiraba a los autores es el que hoy mueve a la comunidad a reconocer su obra como inspirada por él, y sentir en ella la cercanía de Dios, su “revelación”. Es una cercanía sacramental aquella mediada por la *Biblia*. La *Biblia* es sacramento de la Palabra de Dios (DV 21). Es eso lo que la hace única. ¡Así lo reconocemos y proclamamos en las celebraciones litúrgicas!

²⁸ Esto toca, entre otros, el tema de la canonicidad de un eventual descubrimiento de alguna de las cartas perdidas de San Pablo, por ejemplo. Dejo el tema del canon inconcluso por obvias razones de espacio (ver notas 2 y 18).

²⁹ El vocablo “espíritu”, en este documento, no se refiere a Dios, que siempre es calificado como “santo” o “de verdad” (Nos. 4, 9, 19), sino al ánimo, punto de vista, perspectiva, “con el que fue escrito” el texto bíblico. En el No. 9 se lee: “Por eso se han de recibir y venerar ambas (la tradición y la Escritura) con un mismo *espíritu* de piedad”, y, más claramente, en el No. 25, donde se encomienda hacer traducciones que permitan que los fieles “se penetren de su espíritu”.

¿CERTEZAS?

En sí, vista empíricamente, la *Biblia* es una producción humana que se puede explicar perfectamente como tal. La aseveración de que es producto de inspiración divina resulta de *una convicción de fe*, que afirma la intervención divina en el proceso que desembocó en la *Biblia* de modo que ésta es considerada como Palabra reveladora de Dios, como *sagrada* Escritura. No se basa en datos empíricos demostrables, aunque recurre a ellos. Son afirmaciones que proceden de la convicción de quien siente y percibe la *Biblia* como inspirada por Dios e *inspiradora*, de quien siente y vive mediante sus textos un especial acercamiento a Dios, para quien cumplen una función sacramental.³⁰

De hecho, la *Biblia* es “palabra eficaz” (1Ts 2,13; Rm 1,16; Hb 4,12). Si la inspiración divina de los escritos bíblicos fuera demostrable y se pudiera identificar, la Iglesia seguramente habría referido o apelado a ella como uno de los criterios decisivos para decidir sobre el canon; pero no es posible demostrar una supuesta influencia divina. Eso significa que lo que podemos decir sobre la inspiración es una aproximación teológica.

Lo más cercano a una prueba de que los escritos de la *Biblia* han sido inspirados por Dios es observar el papel edificante que estos han jugado y siguen jugando entre las personas y en las comunidades de creyentes en particular. Como destacó San Pablo a los cristianos en Tesalónica, “damos gracias a Dios sin cesar, porque cuando recibieron la Palabra de Dios que oyeron de nosotros, la recibieron no como palabra de hombres, sino como es en verdad: la Palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes” (1Ts 2,13).

Solo quien se compenetra y se pone en sintonía con el Espíritu puede reconocer el carácter inspirado de los escritos bíblicos: “Nosotros hemos recibido la Buena Nueva, lo mismo que ellos. Pero la palabra que ellos oyeron no les aprovechó porque no se compenetraron con la fe de los que la escucharon” (Hb 4,2). Y valga la acotación de que, contrario a lo que piensan los fundamentalistas, aun si se demostrase que la *Biblia* no contiene error alguno, no por eso quedaría demostrado que fue inspirada, no más que en el caso de cualquier otro escrito.

Ha sido la comunidad de fe, en cuyo seno surgió y se transmitieron e interpretaron las tradiciones, que vivió de ellas, y que comprobó su eficacia

³⁰ Schneiders, *The Revelatory Text*, 50ss. y *passim*.

salvífica, la que reconoció los escritos bíblicos como inspirados por Dios, a la luz de su vida de fe.

BIBLIOGRAFÍA

- Achtemeir, Paul J. *Inspiration and Authority: Nature and Function of Christian Scripture*. Peabody: Hendrickson Publishers, 1999.
- Alonso Schökel, Luis. *La palabra inspirada* (3a. ed.). Madrid: Cristiandad, 1986.
- _____. “Inspiración.” En *Sacramentum mundi*, compilado por Karl Rahner, Vol. 3, col. 928-942. Barcelona: Herder, 1970.
- Alves, Cesar. *Ispirazione e verità: genesi, sintesi e prospettive della dottrina sull'ispirazione biblica del Concilio Vaticano II (DV 11)*. Roma: Universidad Gregoriana, 2008.
- Artola, Antonio M. *La Escritura inspirada*. Bilbao: Mensajero, 1994.
- _____. *De la revelación a la inspiración*. Bilbao: Universidad de Deusto, 1983.
- Artola, Antonio y Sánchez Caro, José Manuel. *Biblia y Palabra de Dios*. Parte tercera: “La inspiración bíblica”. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1992.
- Asociación Bíblica Española. *La palabra inspirada*. *Reseña Bíblica* 39 (2003): número completo.
- Barr, James. *Fundamentalism* (2nd. ed.). London: SCM Press, 1981.
- _____. *Holy Scripture. Canon, Authority, Criticism*. Philadelphia: Westminster Press, 1983.
- Benoit, Pierre. “Inspiración y revelación.” *Concilium* 10 (1965): 13-32.
- _____. “¿Está inspirada la versión de los Setenta?” En *Exégesis y teología*, por P. Benoit, Vol. I, 155-166. Madrid: Studium, 1974.
- Beumer, Johannes. *La inspiración de la Sagrada Escritura*. Colección “Historia de los Dogmas”, I.3b. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1973.
- _____. *Die Katholische Inspirationslehre Zwischen Vatikanum I und II. Kirchliche Dokumente im Licht der Theologischen Diskussion*. SBS 20. Stuttgart: Katholisches Bibelwerk, 1966.
- Burtchaell, James T. *Catholic Theories of Biblical Inspiration since 1810. A Review and Critique*. Cambridge: Cambridge University Press, 1969.

- Cotterell, Peter y Turner, Max. *Linguistics and Biblical Interpretation*. Downers Grove (Ill): Intervarsity, 1989.
- De Tuya, Manuel y Salguero, José. *Introducción a la Biblia*. Vol. I, Caps. I-VI. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1967.
- Egger, Wilhelm. *Lecturas del Nuevo Testamento*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1990.
- Farkasfalvy, Denis M. *Inspiration and Interpretation. A Theological Introduction to Sacred Scripture*. Washington: Catholic University of America, 2010.
- Gabel, Helmut. *Inspirationsverständnis im Wandel. Theologische Neuorientierung im Umfeld des Zweiten Vatikanischen Konzils*. Mainz: Matthias-Grünewald, 1991.
- _____. *Inspiriert und inspirierend – die Bibel*. Würzburg: Echter Verlag, 2011.
- _____. “Inspiración y verdad de la Escritura.” *Selecciones de Teología* 167 (2003): 214-223.
- Gispert-Sauch, Jordi. “La inspiración y escrituras extra-bíblicas.” *Selecciones de Teología* 95 (1985): 187-195.
- Gnuse, Robert K. *The Authority of the Bible. Theories of Inspiration, Revelation and the Canon of Scripture*. New York: Paulist Press, 1985.
- Grelot, Pierre. “Diez proposiciones sobre la inspiración de la Escritura.” *Selecciones de Teología* 104 (1987): 329-339.
- Harris, Robert Laird. *Inspiration and Canonicity of the Scriptures* (2nd. ed.). Greenville: S. C. A. Press, 1995.
- Ibañez Arana, Andrés. *Inspiración, inerrancia e interpretación de la Sagrada Escritura en el Concilio Vaticano II*. Vitoria: Eset, 1987.
- Izquierdo, Antonio (comp.). *Scrittura ispirata. Atti del Simposio Internazionale sull’Ispirazione promosso dall’Ateneo Pontificio “Regina Apostolorum”*. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2002.
- Loretz, Oswald. *Das Ende der Inspirations-Theologie. Untersuchungen zur Entwicklung der Traditionellen Theologischen Lehre über die Inspiration der Heiligen Schrift*. SBB 3. Stuttgart: Verlag Katholisches Bibelwerk, 1974.
- McCarthy, Dennis. “Personalidad, sociedad e inspiración.” En *Estudios modernos sobre la Biblia*, compilado por D. McCarthy, 33-45. Santander: Sal Terrae, 1969.

- Mannucci, Valerio. *La Biblia como Palabra de Dios*. Caps. 9-11. Bilbao: Mensajero, 1988.
- Marín, Francisco. *La Biblia, palabra profética*. Caps. 1-7. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1992.
- Paul, André. *La inspiración y el canon de las escrituras*. CB 49. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1984.
- Rahner, Karl. *La inspiración de la Sagrada Escritura*. Barcelona: Herder, 1970.
- Schneiders, Sandra. *The Revelatory Text*. New York: Harper, 1991.
- Schwienhorst-Schönberger, Ludger. "Was Heisst Heute die Bibel sei inspiriert?" Söding, Thomas, comp. *Geist im Buchstaben?* (QD 225): 35-50. Friburgo/Br.: Herder, 2007.
- Silva, Moises. *God, Language and Scripture*. Grand Rapids: Zondervan, 1991.
- Simian-Yofre, Horacio. "Possibilità e limiti dell'interpretazione 'canonica' della Bibbia." *Rivista Biblica* 56 (2008): 157-175.
- Stanley, David M. "El concepto de inspiración bíblica." En *La Iglesia apostólica en el Nuevo Testamento*, por D. M. Stanley, 76-99. Santander: Sal Terrae 1968.
- Trembath, Kern R. *Evangelical Theories of Biblical Inspiration. A Review and Proposal*. Nueva York: Oxford University Press, 1987.
- Vawter, Bruce. *Biblical Inspiration*. Nueva York: Hutchinson, 1972.